

Las manos de Francisco



ESTILO DE VIDA

Las manos entrelazadas de Francisco

Lectura franciscana De las Biografías de San Francisco escritas por Tomás de Celano (1 Cel 71 y 2Cel 95)

«Francisco había aprendido a no buscar sus intereses, sino a cuidarse de lo que miraba a la salvación de los demás; pero, más que nada, deseaba estar con Cristo... Permanecía insensible a todo estrépito del exterior y ponía toda su alma en tener recogidos los sentidos exteriores y en dominar los movimientos del ánimo, para *darse sólo a Dios*; había hecho su nido en las hendiduras de las rocas, y su morada en las grietas de las peñas escarpadas... Todo anonadado, permanecía largo tiempo en las llagas del Salvador. Por eso escogía frecuentemente lugares solitarios, para dirigir su alma totalmente a Dios... Su puerto segurísimo era la oración; pero no una oración fugaz, ni vacía, ni presuntuosa, sino una oración prolongada, colmada de devoción y tranquilidad en la humildad. Podía comenzarla al anochecer y con dificultad la habría terminado a la mañana; fuese de camino o estuviese quieto, comiendo o bebiendo, siempre estaba entregado a la oración. Acostumbraba salir de noche a solas para orar en iglesias abandonadas y aisladas.

Cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo con lágrimas, se golpeaba el lecho con la mano, y allí - como quien ha encontrado un santuario más recóndito- hablaba muchas veces con su Señor. Allí respondía al Juez, oraba al Padre, conversaba con el Amigo, se deleitaba con el Esposo. Y, en efecto, reducía a suma simplicidad lo que a los ojos se Presentaba múltiple. Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios... Así, hecho todo *él no ya sólo orante, sino oración...*»

Las manos fraternas de Francisco

Francisco de Asís vivió la minoridad en la fraternidad, y no sólo con sus compañeros sino con toda la Creación. Su situarse delante de Dios como experiencia fundante lo llevaba una y otra vez a los demás: Francisco, hermano menor como Jesús.

La fraternidad es algo más que la vida comunitaria, es sentirnos hijos y hermanos, es el modo en el que los franciscanos queremos vivir el evangelio.

Lectura franciscana De la primera biografía de San Francisco escrita por Tomás de Celano.

Es particularmente conocido lo que se refiere a la Orden que abrazó y en la que se mantuvo con amor y por profesión. Fue él efectivamente quien fundó la Orden de los Hermanos Menores y quien le impuso ese nombre en las circunstancias que a continuación se refieren: se decía en la Regla: "Y sean menores"; al escuchar esas palabras, en aquel preciso momento exclamó: "Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores"

Y, en verdad, menores quienes, sometidos a todos, buscaban siempre el último puesto y trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonor, a fin de merecer, fundamentados así en la verdadera humildad,

que en ellos se levantara en orden perfecto el edificio espiritual de todas las virtudes. De hecho, sobre el fundamento de la constancia se erigió la noble construcción de la caridad, en que las piedras vivas, reunidas de todas las partes del mundo, formaron el templo del Espíritu Santo. ¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando, como sucede, topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor espiritual que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero, superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la risa modesta, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.

Las manos serviciales de Francisco

Recordemos la Tránsito de San Francisco, su paso definitivo a las manos del Padre, que desde el atardecer de aquel 3 de Octubre de 1226, la familia franciscana conmemora. Enfermo y con las cinco llagas de Cristo en su cuerpo, junto a la ermita de la Porciúncula, Francisco se despidió del mundo, celebrando su muerte como una Pascua de liberación, pues moría en Cristo para resucitar a la vida definitiva. Mandó que leyeran el relato de la Pasión según san Mateo y poco después se presentaba la Hermana Muerte liberadora. Viéndola entrar en su chabola, el Poverello la saludó cortésmente diciendo: "¡Bienvenida seas, Hermana Muerte!" y rogó al médico que le asistía, que anunciara a todos esta visita porque, añadió Francisco: "Ella es quien me ha de introducir en la vida eterna".

Francisco, el hermano menor ante Dios y ante los hermanos, también vivió la minoridad evangélica en su apostolado. Desde el inicio Francisco se siente enviado para trabajar con sus propias manos en la reconstrucción de la Iglesia, en la restitución de la dignidad a aquellos que la habían perdido o que les era negada por múltiples motivos y circunstancias. Francisco menor y siervo.

Lectura franciscana

Lectura de la Leyenda Mayor de San Buenaventura (LM 14 5-6 y CtaF)

Acercándose, por fin, el momento de su tránsito, hizo llamar a su presencia a todos los hermanos que estaban en el lugar y, tratando de suavizar con palabras de consuelo el dolor que pudieran sentir ante su muerte, los exhortó con paterno afecto al amor de Dios. Después se prolongó, hablándoles acerca de la guarda de la paciencia, de la pobreza y de la fidelidad a la santa Iglesia romana, insistiéndoles en anteponer la observancia del Santo Evangelio a todas las otras normas.

Sentados a su alrededor todos los hermanos, extendió sobre ellos las manos, poniendo los brazos en forma de cruz por el amor que siempre profesó a esta señal, y, en virtud y en nombre del Crucificado, bendijo a todos los hermanos tanto presentes como ausentes. Añadió después: "Estad firmes, hijos todos, en el temor de Dios y permaneced siempre en él. Y como ha de sobrevenir la prueba y se acerca ya la tribulación, felices aquellos que perseveraren en la obra comenzada. En cuanto a mí, yo me voy a mi Dios, a cuya gracia os dejo encomendados a todos". (Y de manera especial los religiosos, que renunciaron

al siglo, están obligados a hacer más y mayores cosas, pero sin omitir éstas. Debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a los que nos tienen odio (cf. Mt 5,44; Lc 6,27). Debemos guardar los preceptos y consejos de nuestro Señor Jesucristo. Debemos, igualmente, negarnos a nosotros mismos (cf. Mt 16,24) y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y de la santa obediencia, según lo que cada uno prometió al Señor. Pero aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que es tenido por mayor, sea como el menor (Lc 22,26) y siervo de los otros hermanos. Y con cada uno de los hermanos practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera con él si estuviese en caso semejante. Tampoco se deje llevar de la ira contra el hermano por algún delito suyo, sino con toda paciencia y humildad amonéstelo y sopórtelo benignamente. Nunca debemos desear estar sobre otros, sino, más bien, debemos ser siervos y estar sujetos a toda humana criatura por Dios (1Pe 2,13).) Concluida esta suave exhortación, mandó el varón muy querido de Dios se le trajera el libro de los evangelios y suplicó le fuera leído aquel pasaje del evangelio de San Juan que comienza así: *Antes de la fiesta de Pascua*. Después de esto entonó él, como pudo, este salmo: *A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor, y lo recitó hasta el fin, diciendo: Los justos me están aguardando hasta que me des la recompensa.*

Cumplidos, por fin, en Francisco todos los misterios, liberada su alma de las ataduras de la carne y sumergida en el abismo de la divina claridad, se durmió en el Señor este varón bienaventurado.

Francisco de Asís, diácono y fundador de la gran familia franciscana repartida por todo el mundo. Francisco, el hombre de manos orantes, de manos fraternas, de manos serviciales... Francisco el hermano menor al estilo de Jesús de Nazaret. Podemos decir que hoy Francisco extiende su mano y nos ofrece su estilo de vida, que no es otro que el de vivir el Evangelio de Jesucristo desde la minoridad. Que el Señor nos ayude y anime a vivir nuestra vida y el carisma franciscano con ilusión, con compromiso, con fidelidad.

(De Francisco al Hermano León. Cf. Nm 6, 24-26)

El Señor os bendiga y os guarde.

Amén

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

Amén

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

Amén